

Sobre Mejillas Aguadas

Hay un juego que tenemos en la facultad. No lo inventamos nosotros: es una evolución más bien tosca del “¿Le dieras?” del secundario. Cuando vemos a una veterana, cualquier veterana, tenemos que reflexionar objetivamente sobre su pasado y surgir con un mito sexual descerebrado que combine con su textura de piel. La textura lo es todo. ¿Sí han besado a alguna amiga de la Tía en la mejilla y han sentido que sus labios se hundan aún si el impulso no fue tan intenso? El Bruno suele predicar que esas son bestialistas y de safari. El Bruno nunca tiene mucho sentido. “Bueno, en todo caso, eran” dice, como excusándose.

“¡Negrito!”, gritan las veteranas al unísono, y entro de mala gana.

La Tía Carmela es una celebridad, y a veces creo que la Susanita me hizo saludar sólo para que vea que las arcas no están del todo vacías. Llevaba relojes de pulsera y collares de esmeralda y a ratos sonríe como sobreexcitada. La Susanita me dijo que le enerva su sonrisa entreabierto a cada minuto, que es como si Éxito se la follara periódicamente y ella es tan tacaña que nunca le va a dejar escapar de debajo de su falda. No me cae tan mal. Sé quién es, y ella sabe, pero como que quiere asegurarse con una cantidad violenta de indirectas y cómo culparla. Su humor es más bien crudo (“no, yo tampoco aceptaba gaseosas sin ron a tu edad”) pero la vieja es un encanto. No me habla de su imperio de mermeladas una sola vez, y la única referencia gastronómica en toda la plática es dirigida hacia los

suspiros a punto de fermentarse en el centro de la mesa. “Ni te creas que por abundantes no serán exquisitos” y luego me pone esta sonrisa como de apestoso arrepentimiento y sí, la Tía Carmela es tan desvergonzada que quiero besarla ese momento y ella sabe lo efectivos que son sus coqueteos mientras las migas de huevo dulce salpican por entre sus labios y se cuelan en su café con amaretto. Es una buena vida, seguro, es una buena vida, y en ese mismo instante me digo que no solo me arrastrara con la Tía Carmela por el valle semidesnudo, sino me casara con la Susanita en este mismo instante solo para sentir que mi vida es una toma alternativa de la misma felicidad.

“Ten cuidado con la Susanita” me dice. “Hasta yo me di cuenta de lo alajita que nos salió; pero te juro que esa belleza no es heredada y te juro que ella en su vida te va a preparar una buena corvina. Y yo no tengo por qué darte ningún descuento, todavía.” Me sonrío de nuevo, y sí: es otra puta de mierda, y es lejos la más simpática. Digo, objetivo objetivo, es insoportable, pero hay cierto atractivo en la inhumanidad de las pieles de zorrillo de su cuello que me hace querer fumarme su cigarrillo extranjero babeado y quedarme con ella toda la noche.

“Oh, chiquillo, como si yo pudiera negártelo.” Y ella mismo me prende el habanillo caribeño y en ese instante siento las gélidas manos de la Susanita que descienden por mi pecho y Dios, qué diría el Bruno sobre mis instintos ahora. Le sonrío y le beso a la Susanita y quisiera comérmela ahora para olvidar todos estos pensamientos de malnacido.

“No todavía” me dice al oído. “Tanta mierda de jardinero coquetón y ahora tengo que subir a cagármela. Si sigues inhalando el cigarro y platicando sobre su anillo gitano, te castraré esta misma noche. También me voy a lavar los dientes,

para que a vos se te quede el olor a mentol y a mí ni si me acerque el aliento a prepucio.”

Todas seguro notaron cómo me sonrojé, y le digo a la Carmela que siempre es un placer, pero que (esto ya con la Susanita en su baño, claro), por esta noche, ya no tengo permiso.

“Oh, otra será.” Me dice riéndose, y se reincorpora a hablar de muertes y parapentes. La Señora Iglesias es la que esta vez se siente fuera de lugar, y , como se da cuenta que yo tampoco tengo mucho qué decir, me pregunta por qué todo el mundo me trata de negro si tengo la facha pero purita de un confederado desalmado. No me la creo: en menos de media hora, me han coqueteado un acumulado de ciento veinte primaveras, y decido que no puedo seguir con semejante sinsentido y le digo que hablemos de su ají.

“Pero sabes que no lo puedo develar acá; ni acá ni en ningún lado. No, bombón, no te lo puedo develar ni a vos.”

Estoy seguro que si el café tuviera unas gotas más de licor italiano, la vieja me susurraría los porcentajes de cebollas y jalapeños. De todas formas, no está del todo sobria, y me dice que me ha visto en el Jimmy’s y que tengo que saber que ella no dudaría en darme más descuento con tal de contabilizar más de mis sonrisas. Suspiro, le sonrío, le prometo que yo pagaría un lingote por cualquiera de sus delicias y ella me dice que soy astuto, que no le digo de qué está constituido el lingote. Son todas viejas picarescas, y todas son astutas, y así tiene que ser para que tengan tanto dinero. Me pregunto si la bohemia de la Susanita será tan productiva en el futuro, y ella me dice que se ha puesto, fácil, trescientos mililitros de Chanel y se nota y se comenta y seduce como ninguna de las otras

desquiciadas lujuriosas que a estas alturas no soporto pero que tengo que dar mérito por alegrarme la velada.

De nuevo en el porche, la Susanita me dice “sabes, no eres tan atractivo” y yo sé que tiene razón y quizás es por esos baldazos de realidad que la quiero como la quiero. Sé que ella no me quiere tanto, y todavía sé cuando la beso y ella se deja pero entonces el resto de ella irrumpe en el beso y me dice “cuidado, glotón, que sigo resentida” y tardo varios minutos antes de que se ría en la carretera. Quizás es el coche y cómo nos somete a respirar de los mismos vientos, pero sé que ahorita está celosa. Sé que ahorita no va a soltarme la mano y sé que mi sudor se deslizará por la palanca de cambios y sé que ella lo sabe y sé que va a coquetear con los meseros y sé que pedirá conocer al cocinero y sé que les sonreirá y me sonreirá y sé que no me voy a poder molestar. Vaya que va a ser una noche larga.

- ¿Qué le vería la Susanita?- dice la Tía Amanda cuando se va el negro Mauricio.

- No sé si está del todo feo, tampoco.- dice la Ana.

- Ya estás borracha, ¿no cierto? – dice la Señora Iglesias, y lo dice sonando lo más femme fatale posible, asentando su busto sobre la mesa y jugueteando con el cigarrillo entre los dedos. Está bien claro que la chispa es ella.

- A ver. No sé qué tan simpático será, pero tiene como este aire de tierno. Estoy seguro de que ella le va a devorar.- dice la Tía Carmela.

- Y como quisiera que literalmente. – dice la Tía Amanda.

- ¿No por runa, o sí? – dice la Ana, como si el comentario fuese más necesidad que deseo y como si la única manera de que la pregunta entrara

en el despilfarro de racismo fuese presionándose a punti bajadas de tono de voz.

- Y, no sé. – dice la Tía Amanda. Ya veía venir el cuestionamiento del parentesco desde que inició la conversación. Es más, se había preguntado cuánta más urgencia tomaría el frenesí prejuicioso si lo hubiese desencadenado directamente con el vistazo al árbol genealógico del pobre negro. Entonces recordó el infame “y es un hijo de la gran perra” de la Betty Cordero cuando se refirió al herrero que le había impregnado a la hija sin violencia pero sin crédito, tampoco, y que terminó con varios ceniceros rotos y con el herrero irrumpiendo en el salón, la coraza del minicomponente desmantelada y la Betty Cordero sin recibir pañuelos pro suegra por el resto de los Días de las Madres. – Como decía la Hortencita: será de colegio fiscal, pero por eso mismo hace las cuentas mejor que cualquiera de nosotras.-

- No es una eminencia, tampoco. – dice la Tía Carmela, ofendida.

- ¿Se acuerdan de cuando el bocasucia de mi Francisco dijo una vez “no juzguen a Lennon, que no sabemos de los músculos vaginales de Yoko”? – dice la Ana, que seguro era la única que era capaz de tragarse un comentario de esa magnitud sin sentirse amenazada.

- Ay, el Francisco. – dice la Señora Iglesias. - ¿Qué fin tiene? Ese sí era un alajoso.-

- Y un farandulero, también. La morena suya le llevó al corazón de Río de Janeiro y, como el pobre transpira como futbolista pero tiene la frente como cordillera, acabó en yo que sé cuál empresa gringa que tiene todas las sucursales del mundo pero que quiebra si no deposita a cada

ejecutivo en un cubículo para garrapatas. Suda como marrano en Estambul.-

- ¿Y cómo gana? – dice la Señora Iglesias

- Como para mandarme unguentos contra costras pasando un mes. – dice la Ana, y le ve a la Señora Iglesias por casi una decena de segundos. Una vez se asegura que ha receptado la indirecta, se toma otro bloody mary y cuando acaba el sorbo pregunta si todavía queda la ginebra de la otra quincena.

- Sí. – dice la Tía Amanda, y nadie dice nada cuando se levanta y nadie dice nada hasta que se sienta de nuevo y brinda con sus chicas que, exceptuando la Ana, solo beben y beberán champán, brandy y margaritas. Al amaretto del café lo consideran inofensivo, aunque él no les respeta tanto las mañanas siguientes. Esta noche solo sacaron el tequila, y la verdad es que nunca sacan nada más. – Bueno, supongo que esta es la hora de desenfundar el chisme en serio. ¿Se acuerdan de Hugo, el plumero albino del que les hablé hace un par de semanas?

- Le vi arreglándole el grifo a la Señora Osorio ayer por la mañana. – dice la Tía Carmela. – Me invitó un tinto, pero yo en mi vida me entrometería en un asunto de esos.-

- No, ese no le arregla nada a nadie. El Hugo es un hijo de la gran perra.-

“Me gusta la sensación de que me vas a reventar los ojos en cualquier momento. Cuando te vi, me dije que iba a pasar, pero no pasa. Me pregunto cuánto tiempo tendré que esperarte. Y besarte y mirarte y fornicarte y cocinarte tortillas en la mañana cuando estoy embarrada de culpa por verte sonriente de

mañana, y saber que yo también lo disfruté, pero que mis ojos siguen igual de estables” dice la Susanita mientras avista descapotables y bufandas de mujer.

“Me pregunto cuánto tiempo voy a permitir que esta mierda se cole entre tus peculiaridades benignas. Tus derroches de sinceridad ya no me son tan encantadores.”

“A veces, negro, a veces.”

“Sí, a veces.”

“Te hago más vivo y lo sabes. Y vos también, gracias.”

Y no sé si me agradece a mí o le agradece al mesero despeinado que arroja los mariscos sobre la mesa como si la pesca comercial se tratase de recolectar moluscos bajo una gran piñata oceánica. Sí, he pensado sobre la metáfora antes y me gusta. Una vez incluso asigné esta comisión de pelícanos que se encargan de proveer las fundas de sorpresa y una tabla de amonestaciones para esos ebrios pescadores fortachones.” ¿Qué te crees Hemingway?” solía decir este árbitro gaviota mientras picoteaba sus espaldas haciendo caer los cangrejos sobre las sandalias. Era una gran celebración en alta mar, y había sirenas prostitutas que al final no se desnudaban ni la pasaban bien con nadie y tenían el peor aliento del mundo y me recordaban un poco a la Susanita cuando se ponía demasiado mentol y estaba demasiado hormonal.

“Te diría que estás desquiciada, pero yo también me equivoco con frecuencia en verano.”

“¿Y cuánto crees que me afectaría? No te voy a dejar a estas alturas, y no te voy a molestar.”

“¿Qué mierda pasó en tu casa, entonces?”

“Me gustaría que respondas la misma pregunta. Mi reacción era más bien predecible tras tu sinvergüencería, ¿no?”

“No. Me divertí con tus tías. Ninguna me acarició y yo tampoco acaricé a ninguna. Me prometieron descuentos, no más”

“Y Cohíbas, y adjetivos achocolatados, y casi te susurran la receta del ají. La tipeja va a la casa de la Tía desde que tengo siete, pero en su vida ha pretendido desatar la receta del ají.”

“Se llama alcohol, y destroza tu sentido de pulcritud.”

“Y tú crees que no la he visto borracha.”

“Serán hormonas. Deberías saber de ellas.”

“Ni que lo digas. Y por eso estoy molesta. Porque te sedujiste a las viejas de mi tía en mi sala de estar y porque no tienes una pizca de remordimiento.”

“Me acabas de decir que me fornicarás a modo de cuenta regresiva hasta que te exploten los ojos.”

“Por lo menos sé *cuándo* no van a explotar.”

Y recién ahora extendemos los tenedores hacia la minúscula ensalada de jaiba y me pregunto si estas son las mejores excentricidades disponibles. Cada conversación con la Susanita es más apocalíptica. “¿Sabes que te va a matar, verdad?” Y por supuesto que lo sé. Si no fuese así, toda esta relación estaría basada en compasión. Mi asesinato inminente es también la única prueba que necesito para saber que ella no lo hace por caridad. “Aquí no hay mártires” le dije una vez, y estaba tan acertado que me destrozó los pellejos del cuello y de la

espalda y ensamblamos un montaje bien parecido a la dramatización matutina de sus sobrinos sobre la ternura, excepto que yo era el búho, ella era el ternero, y el sudor bajo nuestros cabellos no era producido por abrigos. Una vez el Carlos me preguntó para qué. Habló en términos complejos, al estilo de “puto kamikaze”. El rato que le dije que no era por la carne, me dijo que no tenía remedio. Que estaba enamorado. ¿Pero esto no puede ser amor, verdad? “Es ciencia” me dijo la Susanita una vez. Está claro que yo le quiero más, ya lo dije. Pero está claro, también, que ella está más loca. “Y que te voy a devorar.” A esta chica nunca se le acaban las amenazas, pero puede desintegrar un crustáceo en instantes. Me pregunto cuál es el pro y cuál es la contra.

“Debemos ser la pareja más aburrida en esta puta ciudad.”

“Quizás es porque nos autodenominamos pareja.”

Es irrelevante saber quién dijo qué. La conversación que se desenroscó entonces fue espectacularmente grotesca, y habló sobre sus amantes pasados y cómo todos parecían sofisticados y en realidad eran sicilianos huecos que olían mal y tenían un acento peor. Inquirí sobre el acento: a mí siempre me pareció el mejor de toda Europa occidental. No siguió. Me preguntó por qué no me conseguía unos amigos y le recordé que ella no los soportaba. Otros, dijo, y yo le dije que no. Me dijo que ella debería buscarse otras amigas, le dije que sí. “Pero son todas sumamente atractivas, no puedes negarlo.” “Por eso”, le dije, y creo que disparé de nuevo todo el sinsentido de su salón de estar y me dijo que esa misma noche se iba a vengar.

“Y crees que me importa. Ya te lo dije, todo es hormonal. Al final, nos aburriremos de todo el mundo, y nos tiraremos hasta que te exploten los ojos.”

“Nos tiraremos sonó lindo. Tierno, de nuevo. Esta noche no. Estoy resentida, y ya te lo dije.”

“¿Vas a buscar a algún mesero? ¿Te espero?”

“No eres tan maduro. Te afecta, sé que te afecta. No, no: estoy con los ojos volátiles. Me voy al baño.”

- Si me permites opinar – dice la Ana – la hija de la gran perra es la señora Osorio. Pero no hay nada nuevo allí, ¿o sí?

- Nunca dejaba propinas y siempre pedía cebollas extra. Una tipa despreciable.- dijo la Señora Iglesias, como queriendo restablecer el nexo más por el bien del evento que por su estabilidad emocional.

- Yo nunca te he dejado propinas. – dice la Ana, y es que sus prioridades son otras.

- Bueno, ¿y qué pasó al final? – dice la Tía Amanda.

- Perdió, por supuesto. Dicen que el Hugo no volvió a tocarla, pero tus testimonios me parecen suficiente evidencia.-

- Bueno, - dice la Ana – no podemos precipitarnos.

- ¿Y entonces cuál sería la excusa para juntarnos? – dice la Tía Carmela. Para ser una mujer tan adinerada, piensa la Ana, es un poco estúpida. Quiso prometerse dejar los sarcasmos, solo por esta noche, pero era una empresa poco rentable.-

- ¡Salud! – dice la Señora Iglesias, y, en su último esfuerzo de reconciliación, pretende brindar ojo contra ojo con la Ana. La Ana, consciente de que el gesto le costaría siete años de frustraciones en la cama, no le devuelve la mirada. Ya lo había hecho antes, y la verdad es que,

a estas alturas, imaginarse una experiencia sin frustración era más bien utópico. Además, ya sentía los efectos de la ginebra. Cuando una ya está borracha no hay ningún motivo para seguir brindando, ¿verdad?-

- ¡Porque nuestras lápidas se llenarán del excremento de las palomas más macabras y nuestras cenizas se esparcirán junto con las colillas de nuestros bisnietos!

Era un buen motivo, pensó la Ana.

- Bueno. – dice la Tía Amanda. – Creo que estamos suficientemente sacudidas como para contar algún masho de los buenos.-

- Un masho sacudido, dirás.-

Y se ríen. La Tía Amanda hace un chiste refiriéndose al Hugo; la Tía Carmela se incomoda y habla de un nuevo malhechor: el Juan Pablo Monteredia. Mientras todas las viejas se limitaban a substituir sus fantasías suburbanas con prototipos sub estándar de treintañeros subsidiados, la Tía Carmela era una celebridad gastronómica provincial. Todas eran operadas, y ni divaguen sobre el tema, pero el artista que la reestructuró había sido bastante más talentoso. Con tan poca subjetividad se me haya encomendado cuando acepté el rol de narrador de este relato, creo que puedo decir que la Tía Carmela era una vieja rica. Y ustedes saben a qué me refiero.

Por consiguiente, es natural que las historias de la Tía Carmela sean las más interesantes: mientras sus colegas seducen a plumeros y gasfiteros con propinas extra, la Tía Carmela rueda por los campos de golf con minifaldas cada año menos conservadoras. No usaré la metáfora del vino bien añejado; es mucho más precisa la del fósil que cada año tiene más polvo pero está asegurado por más dinero. La Tía Amanda disfruta de las aventuras de su prima menor con la menos saludable de las envidias y la Señora Iglesias se

pregunta si debería aumentar su escote para atender en los días de misa e incluso a la Ana se le volado la imaginación pensando en su propio galán arrugado de pulóver de rombos hasta que la Señora Iglesias, que también tenía celos de la Tía Carmela pero no por pariente sino por ser la competidora que se abrió paso en su mismo mercado con peores productos, lanza un comentario al estilo de:

- Oh, creo que yo también tendré desplazar mi barra de expectativas hacia arriba.-

- Entonces has hecho bien en buscar a los pretendientes abajo.- dice la Ana, y la noche se ha ido a la mierda.

- Perra endemoniada.- dice la Señora Iglesias.

- ¿Qué carajo sucede? – dice la Tía Carmela, y es que no se ha percatado de ningún rodeo agresivo. Ya lo había pensado la Ana: era un tanto estúpida.

La Susanita regresó del baño y su rostro estaba embarrado de pus y de sangre. Era una situación embarazosa: se le habían reventado los ojos. Ella, fiel a su ridículo Código de Conducta en Marisquerías, no dijo una palabra al respecto. Yo tampoco quise decir nada, aunque estoy seguro que la exteriorización de mi pavor era más bien patética, y me sonrojé por segunda vez en la noche y eso que mi rostro se crió intrauterinamente más rojo que el de los demás. “Deja de hablar huevadas, afrodramático insoluble”, me decía el Marlon. “Eres más negro que la puta brea.” La Susanita como que se sonríe y como que se tambalea, y cubierta del pus que se desliza por la mejilla le veo más humana que en toda la temporada. El fluido rosado cae sobre la carta de postres y deja un charquillo de pronta

solidificación. Me enfado por la inesperada presencia de evidencia, saco un billete de los grandes, la tomo del brazo y cambio de gesto facial. Nadie más en el restorán parece apreciar la escena. “¿Cómo, si bajo ella estaban mis piernas?” me dijo la Susanita al llegar al auto. Está como rara, como cambiada. Toma un paño húmedo y su olor a mentol se mezcla con el olor del aloe y como que sonrío, como que quiere mostrar un sentido del humor más salvaje que el suyo, como que no le importa exagerar por bien al entretenimiento de carretera, como si el dolor bajo la retina es secundario contra humillarme de la manera más bizarra, menos estilística, menos envidiable. Lo logra y no sé cómo, y me revolea el estómago y las ramificaciones nerviosas y cómo me imaginaría que esto me afectaría tanto. “Bueno. Dime. ¿Qué mierda pasó esta vez?”

“Oh, no te preocupes. Es solo jabón.”

Y la espuma que se materializa en sus palmas y estoy a punto de putearle por el exceso de propina cuando avisto el agujero en el humor acuoso y me imagino los renacuajos invisibles y malévolos que escapan de un cristalino tan poco grato. Pero es pus, estoy seguro, y por eso no cae por completo como cuando nacen los bebés o como cuando se desploma el cadáver de la mujer embarazada picoteada por las gaviotas arbitrarias y la placenta que se desliza marea abajo y la sangre que sigue fluyendo bajo sus pestañas y sus pestañas mismas son las ya cuajadas y odio la solidificación de lo fácilmente desplazable porque para mí no hay un peor símbolo de devastación que la movilidad inhabilitada y el pus sobre el cachete y sé que juega con mi cordura y mi cordialidad y mi gentileza al tomar las curvas, pero no me gusta frenar en este estado y no me gusta manejar en este estado, me sonrío, me dice que está del todo bien, que es solo un cosquilleo ligeramente repugnante pero definitivamente importante y quiero preguntarle sobre su entumecimiento y sé que no me va a querer responder y seguro está medio

dormida y seguro está medio drogada y le pregunto “¿Qué mierda pasó esta vez?” de nuevo, pero molesto, y el aguacero increíble, innecesario, intrascendental. Me dice que bebió un par de cosas, que a los maquillajes en el baño los sintió nocivos, que las mulatas le pusieron mala cara cuando se puso el jabón sobre las palmas y le digo que es una racista y ella me dice que no, que por supuesto que no, que aquí estoy yo, nervioso, ella, borracha, que tomó con la Tía Amanda que es un amor y la Ana que es un amor y que es todo mi culpa por los vodkas desproporcionados que le brindé y cuánto brindé y me siento culpable y le pregunto por el agujero en el ojo y el hospital está tan cerca y ya mismo vamos a llegar y no sé si lo voy a lograr porque sudo pero no sé cuál es la sensación, no es miedo, no es del todo humillación, no es repugnancia.

“Es la vida” me dijo la Susanita una vez. “Y te pone nervioso.” Quizás fue el momento más tierno de su vida, y estaba limpiecita, y no había ojos reventados ni ausencia de kleenex. Vestía esta larga falda con lentejuelas y pececillos y diminutas esferas de metal y pronto no vestía nada y me dijo que nunca arrojaría esas sábanas y hasta yo le protesté cuando quiso revestir la habitación como la nueva Persépolis. Sudaba también, pero era bastante más divertido.

“¿Quieres que maneje yo?”

Es grosera cuando quiere, seguro que lo es. Le dije que no, que por qué se emborrachó, que por qué le reventaron los ojos, que por qué yo estaba tanto más alterado que ella y que por qué el puto pus no dejaba de fluir.

Me dijo que le gustaba beber para hacerme más interesante, me dijo que ella tampoco lo sabía, me dijo que era un debilucho de mierda y me dijo que yo ya debería haber descubierto su naturaleza de tumor parlante. Fue el monólogo más crudo que me recitó nunca, y ni siquiera los balbuceos constantes y la saliva que

se unía a la sangre en la quijadilla le quitaron vehemencia a su discurso. Luego me dijo que yo era el peor formulador de preguntas jamás parido. Me dijo que ni a ella le gustaron sus respuestas. Me pregunté por qué si este era un pueblo tan de mierda construían los hospitales tan lejos. Me di cuenta cuánto tenía razón la borracha de la Susanita. Me dije que no me importaba ser asesinado por una mujer tan coherente.

“Dios, de veras en serio llegué a decirme eso.”

Y el doctor me dice que le dé veinte minutos, que no debería ser gran cosa, y yo le espero con el aguacero tan poco relevante y no venden cigarrillos en la farmacia y tengo que recorrer siete manzanas y cuando regreso a la clínica la enfermerita chiquita alajita me dice que se tardará por lo menos una hora y son ocho cigarrillos al hilo y compro tabletas en la farmacia por la inflamación de la garganta y me digo que sería una oportunidad de negocios realmente rentable el montar un negocio de habanos en la salida de la clínica y me acuerdo de la puta de la Tía Carmela y me pregunto si la vieja, tan astuta, alguna vez habría montado una escena como la que acabo de coprotagonizar y sale la Susanita, radiante, con un parche en el ojo y azulada y tan preciosa y limpiecita como es ella, y me dice que la lleve a casa y la llevo y lo he olvidado todo. La adoro, y sé que ella me adora, y sé que por eso me va a matar.

- Oh, Carmelita. – dice la Ana. – Este masho sí que no lo vas a creer.

-

La Señora Iglesias no aparta la mirada de la Ana y la Ana no aparta la mirada de la Señora Iglesias. Como escribiría en sus memorias la Tía Amanda (que era la talentosa), fue la borrachera más confusa de su vida. Su mirada no estaba puesta en los ojos de nadie. Ahorita ahorita, respondía a un inverosímil deseo de abrazar sus porcelanas y recordar los encantos de una época menos miserable. No se sentía del todo bien, pero sonreía. No le gustaba que su prima haya gritado en su comedor. No le gustaba que la Ana no se emborrachase nunca. Siempre era la que más bebía.

- Explícales. – le dice la Ana a la Señora Iglesias.-
- Creo que ya superamos esta historia hace unos cuantos años.-
- Sí, claro que lo hicimos. Estaba superada hace un par de días. Y la cagaste.-

Estos son los antecedentes. La Ana fue la que se casó más joven con el tipo más simpático. El tipo simpático, a quién llamaremos Rolando, era un perverso de mierda, y, para qué decirlo, la Señora Iglesias también. Una vez develada la inevitable infidelidad, la Ana se cargó con el Rolando y se cargó con la Señora Iglesias la peor riña de su vida. Eventualmente, no solo vino el tiempo sino vino la muerte, y ambos perdonados, la Ana se consolidó como la más madura de la jorga de depravados. La Tía Carmela pensaba que la Señora Iglesias nunca le perdonó su exceso de madurez, pero a estas alturas, ustedes saben tanto como yo que sus pensamientos no tienen por qué ser tomados en cuenta.

- ¿De qué hablas ahora, lunática?-
- De las begonias replantadas y las rosas desplazadas. Hay tierra sobre toda la lápida. Ya no hay caca de paloma.-

- No puedes hablar en serio.-

Y claro que hablaba en serio. La Ana no solo era una vieja que sabía cómo funcionaban las cosas, sino que era una vieja noir que sabía cómo marcar la diferencia a falta de buenos chistes. No tardaría una treintena de segundos en sacar el revólver de su falda, dar dos vueltas al barrilete y asegurarse de que el metal esté sobando la frente de la Señora Iglesias, a quién, por patética que nos parezca, no le culparemos si libera un par de gotas de orina. No, no lo hace—eso llevaría el relato a otro confín de su imaginación, y seguro esa no es mi intención.

- ¡Dime que lo estás fornicando, zorra necrófila! –

Aullido de la Tía Carmela. La Tía Amanda, por su parte, y en medio de todo el más que justificable terror, se está divirtiendo.

- Puta lunática- dice la Señora Iglesias, y la Tía Amanda bien podría haberle hecho repetir la línea porque la verdad es que no entendió una palabra. Pero arruinaría la escena, ¿verdad?

El revólver sigue en la nuca de la Señora Iglesias.

- ¡Dime que lo estás fornicando! –

- No lo he hecho. –

- ¿Quién visitaría a semejante fracasado entonces!-

- Fui yo.- dice la Tía Carmela.

- ¡Silencio, retrasada! ¡Dime quién fue! ¡Dime quién sacó las malas yerbas de su perímetro y alzó la tapa de su sarcófago! ¡Dime quién dio vuelta a su cráneo y quién le untó vaselina en el pómulos marrón! ¡Dime quién más se cogería a un cadáver! –

- Lo he visitado. Le dejé rosas. Le quería, y lo siento.- El pavor se ha adueñado de la Señora Iglesias. Duró un par de minutos, piensa la Tía Amanda, y le otorga otra docena de puntos de coraje. Ya está quebrada. Quebrada y llorada. No hay derecho, piensa la Tía Amanda. No hay derecho.

- ¡Dime que lo fornicaste!-

- ¡No lo hice!-

- ¡Te juro que te destrozaré el cráneo si no me lo dices! ¡Te juro que te volaré a pedazos, puta esquizofrénica!-

- ¡No lo hice!-

La Ana da tres pasos atrás y amartilla. La Tía Carmela da otro alarido. La Tía Amanda grita por su cuenta. La Ana no va a fallar y lo sabe. A estas alturas, ni siquiera duda de su falta de temple. Está como cabreada. La Señora Iglesias recién ahora considera la confesión. Igual están todas tan borrachas que-

- ¡Lo besé, mierda, lo besé! ¡Pero nunca me follaría a un cadáver!-

Es un buen ruego, piensa la Ana. Pero el escenario era bueno, también. Incapaz de desperdiciar momento tan cinematográfico, tan épico, tan de ella, sujeta el revólver cargado con ambas manos y dispara torciendo ligeramente la muñeca.

La bala no perfora el cráneo de nadie, pero hace un magnífico trabajo con los espantosos suspiros de la Señora Iglesias. También agujerea el mantel bordado de la Tía Carmela y carcome la mesa de roble como una legión de polillas. Mashos: así les dicen a esos bichos por acá. El proyectil se estrella contra el alfombrado y no se molesta por la amortiguación tan severa; es un

aterrijaze más bien sensual. A centímetros está el pie derecho de la Señora Iglesias, impulsado más por el sonido que por la sensualidad, y la Tía Carmela le pregunta a la Señora Iglesias si le tocó.

- No.-

Pero al comedor todavía no llega el dulzón olor a misericordia y la Tía Amanda, que es una carismática pero también una atolondrada, grita:

- Lárgate de mi posada, terrorista.-

La Ana, en lo absoluto ofendida, se atraganta lo que queda de su bloody mary y se va. Nublada por el frenesí vengativo, casi se olvida de lo borrachas que estaban todas. Sigue agitada, y recuerden que es tan humana como cualquiera de ustedes, pero al segundo habanillo se le pasa. No se puede fumar un tercero: recuerden también que esta es la humilde de la jorga y que, por ahora, está tan desempleada como vuestro narrador.

No deben ser más de las tres de la mañana cuando la Susanita irrumpe en el comedor de su Tía Amanda. Su ojo derecho está parchado y si no fuera por el repertorio de licores que se revuelve en su hígado, se sentiría de maravilla. Lo primero que avista es el plato de suspiros hecho trizas y los restos de suspiro desparramados sobre las cortinas y bajo las bombillas. Las bombillas están apagadas. Ambos detalles le causan gracia. Quizás es por eso que el negro le soporta. Sube a su habitación pero en el transcurso se topa con el mismo salón de estar de siempre, pero con las bombillas apagadas y los candelabros encendidos y suena Nina Simone a todo volumen y hay una acumulación de parafina alrededor

de los crucifijos y la Señora Iglesias está tendida sobre la mesa de vidrio con cuántos rosarios sobre sus pechos de mentira, y cómo aprietan sus pechos de mentira, y cuánta gracia le causa todo este alboroto a la Susanita, que también avista las copas de margaritas sobre el minicomponente y sobre los libros de oración y cuánto le cuesta recordar las letras de la canción de Nina Simone, pero seguro es una buena canción y ninguna vieja se da cuenta de su presencia porque están concentradas en esta oración más bien silente que involucra poner las manos sobre los rosarios sobre los pechos de mentira de la Señora Iglesias y forcejear para no quedarse dormidas.

- ¿Y tanto fervor, por qué?- pregunta la Susanita.

La Tía Amanda se sacude, y no precisamente por la pesadez que tiene que significar el sostener una conversación con el Señor, sino porque estaba extremadamente adormecida, y le dice:

- La Tía Iglesias ha sido un poco satánica y le estamos exorcizando.

¿Quieres unirte?-

Y la Susanita no vio qué podía perder al exorcizarse ella también.